

Dios omnipotente. No olvidéis que al ponernos en el mundo, ha querido que todos nos salvemos, y que aun los que parecen males á los ojos de la carne y de la sangre, no son sino disposiciones admirables de su infinita sabiduría, para mejor conducirnos á nuestro último fin. Revistámonos de esa indiferencia que tanto nos recomiendan los santos; y ya bajo los harapos del mendigo, ya bajo la púrpura del cortesano, ya con las cadenas del prisionero, ó ya cobijados con el estandarte de la victoria, mostrémonos resignados, y contentos, y abandonados en las manos de Dios. No temamos las vicisitudes del mundo, y aunque en rededor retúmbe el trueno y ruja furiosa la tormenta, conservemos siempre una santa impassibilidad. De esta manera seremos verdaderamente felices en la tierra y bienaventurados en el cielo. Así sea.



## PLÁTICA

DIRIGIDA Á LOS CONFIRMANDOS, DELANTE DE S. M. EL EMPERADOR  
DEL BRASIL, EN LA CATEDRAL DE NUEVA ORLEANS  
EL 25 DE MAYO DE 1876.

Traducción libre del original francés  
en que fué pronunciada.



*Tunc imponebant manus super illos, et  
accipiebant Spiritum Sanctum.*

Entonces ponían las manos sobre ellos,  
y recibían al Espíritu Santo.

ACT. VIII, 17.

SEÑOR:

**H**ENCHIDOS del Espíritu Santo los Apóstoles de Jesús, salieron del Cenáculo, y no sólo predicaron el Evangelio, no sólo bautizaron en el nombre de la Trinidad Beatísima, no sólo obraron prodigios y curaron enfermos milagrosamente, sino que libres de envidia, comunicaron á otros de buena voluntad al mismo Divino Espíritu que habían recibido. Sabían por las repetidas promesas de Jesucristo, y en especial por las palabras que les dirigió momentos antes de su ascensión á los cielos, que ese dón sublime no

era para ellos solos ni para sus sucesores en el apostolado ó en el ministerio sacerdotal, sino para todos los fieles, hombres y mujeres, niños y ancianos; para todos los pueblos, para todas las generaciones. En los cuarenta días que Jesucristo permaneció con ellos después de su resurrección hablándoles del Reino de Dios, según la expresión de San Lucas, es decir, acerca de la Iglesia y de su fundación, de sus leyes y ritos, sin duda les enseñó también el modo y las ceremonias con que habían de transmitir á los demás cristianos al Espíritu que sobre ellos descendería en lenguas de fuego. Como quiera que sea, una vez llenos del mismo Espíritu, Él les enseñó todo, Él les sugirió todo, conforme á la predicción del Señor, *ipse vos docebit omnia et suggeret vobis omnia*, y conforme á la institución de Cristo y á las inspiraciones del Paráclito, ordenaron todo lo concerniente á la comunicación ordinaria del mismo y de sus dones, por medio de señales exteriores. Comprendieron, y desde luego enseñaron con el ejemplo y con la palabra, que la comunicación del Espíritu Santo, la inscripción de los fieles en la milicia de Cristo, la corroboración en la fé, de los hombres ya bautizados, era un sacramento establecido permanentemente por Dios, de que sólo ellos y sus legítimos sucesores en el episcopado debían ser ministros ordinarios, de que eran capaces todos los fieles ya regenerados por el agua salvadora en nombre de la Trinidad augustísima.

Poco después del martirio de Esteban se esparcieron los Apóstoles, y los seis diáconos recién ordenados, por los pueblos circunvecinos y otras regiones todavía no muy lejanas de Jerusalén. Uno de los últimos, Felipe,

se dirigió no sabemos si á Siquem ó á Sebaste, pero sí á una ciudad de Samaria; y tuvo tan buen éxito su predicación, que muchos se convirtieron y recibieron de sus manos el santo bautismo. Pero adornado sólo con el orden del diaconado, no estaba en sus facultades conferirles el sacramento de la confirmación, é hizo saber á los Apóstoles que en Jerusalén se encontraban, al mismo tiempo que los triunfos obtenidos, la necesidad de que personalmente vinieran á hacer lo que él no podía, comunicando á los Samaritanos el Espíritu Santo, y convirtiéndolos de neófitos en perfectos cristianos.

Después de diez y ocho siglos, algo parecido se repite en vuestra diócesi y en vuestra ciudad. El digno Vicario General, que en ausencia de vuestro venerado Arzobispo gobierna esta selecta porción del Rebaño de Cristo, viendo la necesidad de comunicaros al Espíritu Santo, y no estando en sus facultades el imponeros las manos, ha tenido á bien convidar á este indigno, pero legítimo sucesor de los Apóstoles, para ungiros con el crisma de salvación, ¿Cómo rehusarme á tan dulce convite? Acogido por vosotros con afecto filial, recibido no como huésped, sino como padre, es mi deber pagaros vuestra generosa hospitalidad, impartiendoos los dones espirituales de que soy depositario.

Preparaos, pues, oh jóvenes devotos, oh piadosas doncellas que formáis en derredor mío espléndida corona, preparaos á recibir al Espíritu Consolador prometido por Jesucristo. Aunque subió á los cielos, como el día de hoy conmemora la Iglesia, no quiso dejarnos huérfanos y abandonados sobre la tierra, y nos ha enviado al Espíritu Divino que permanezca con nosotros hasta

la consumación de los siglos. Ya tenemos entre nosotros á aquél que inspiró á Adán, al contemplar á la mujer que había sido formada de su costado, el bello oráculo sobre el matrimonio; que sugirió á Noé la construcción del arca; que dictó á David los dulcísimos Salmos y á Salomón el Cántico sublime de los místicos amores de Cristo y la Iglesia. El que hizo á Jeremías entonar sus lúgubres Lamentaciones; el que narró por los labios de Isaías la historia de Cristo, desplegándola ante los ojos del Profeta y del mundo, cual si fuera una serie de acontecimientos ya pasados; el que reveló á Daniel las setenta semanas, y movió la lengua de Oseas, y de Jonás, de Malaquías, y de Ageo, y de todos los Profetas mayores y menores, *qui locutus est per Prophetas*, como canta la Iglesia, ya se ha comunicado á los hombres después de tantos siglos de ansiosa expectación.

El Divino Espíritu santificó al Precursor antes de nacer, y lo llevó al Jordán á anunciar el bautismo de penitencia. Él hizo sombra á la Virgen purísima al bajar á su seno el Verbo increado, y la condujo á las montañas de Judea, y á la gruta de Belén. Él llamó á los pastores y á los Magos, y sirvió de guía á la sagrada Familia en su viaje á Egipto. Él llevó á Jesús al templo á disputar con los Doctores, y al desierto á ser tentado por Satanás. Él juntó en derredor del Maestro á los Apóstoles y discípulos, él lo acompañó al Tabor y á Sión, al huerto de los Olivos y al Cenáculo, é inflamó el corazón de Jesús cuando instituyó el Sacramento de amor. Él siguió á los fugitivos discípulos, é hizo salir de los labios de Caifás tremendo oráculo que confundió á los Judíos. Él se posó sobre el Calvario, é hizo proferir al Hi-

jo del Eterno sus últimas palabras: él rasgó el velo del Templo, conmovió la tierra y arrancó al sol sus resplandores. Este Divino Espíritu, llamado con justicia Paráclito, dón del Altísimo, fuente viva, fuego, lumbre, ardor, caridad y unción sagrada, ha descendido por fin á comunicarnos sus siete dones, y á permanecer con nosotros hasta la consumación de los siglos. Ha venido á llenar los corazones, no sólo de Pedro y de sus once compañeros en el Senado Apostólico; no sólo de Esteban y de sus colegas en el diaconado; no sólo de los samaritanos y de aquellos fieles á quienes lo dieron los primeros Enviados de Jesucristo, sino de todas las generaciones y razas, de todos los pueblos y naciones, y es el que yo voy á comunicaros en breves instantes.

Dentro de pocos días una voz elocuente os hablará de la primera solemne venida del Espíritu Santo. Os conducirá al interior del Cenáculo, os mostrará las lenguas de fuego posadas sobre la Virgen Santísima y los Apóstoles y discípulos, hará retumbar en vuestros oídos el fragor con que el Paráclito anunció su presencia, os llevará, por último, entre la multitud de extranjeros congregados en Jerusalén á oír el discurso milagroso del Príncipe del Senado Apostólico. Hoy no quiero anticiparme, ni exhibir á vuestros ojos el mismo cuadro descubriéndoos las mismas escenas. Es mi intento celebrar la comunicación del Espíritu Santo, no á los Apóstoles sino á nosotros mismos; el hablaros, no de su venida visible entre truenos y vendavales, sino de ese descenso plácido y tranquilo, de esa comunicación invisible y sin ruido que se digna hacer de sí mismo á todos los fieles, y diariamente, en el sacramento de la confirmación. Voy

á desempeñar esta tarea con tanto mayor gusto, cuanto que mi presencia entre vosotros está mostrando la unidad de la Iglesia, que no reconoce diversidad de pueblos ni de razas, y que forma un solo rebaño bajo un solo Pastor.

SEÑOR:

Vuestra llegada á este templo, tan inesperada como grata, si da mayor realce á la solemnidad, me infunde temor, debiendo disertar sobre asuntos nada nuevos y en un idioma que, si no es el vuestro, tampoco es el mío. Imploro la indulgencia de V. M. I. y del esclarecido auditorio que me circunda.

## I

Poco tiempo después de la comunicación del Divino Espíritu á los samaritanos, el perseguidor Saulo, herido por la mano de Dios y convertido á la fé que antes detestaba, recibió la plenitud del sacerdocio; y trasformado en Apóstol de las Gentes, fué á predicar el Evangelio á mil y mil pueblos. Llegó, en una de sus largas peregrinaciones, á la renombrada Éfeso, y encontrando á algunos discípulos que habían sido bautizados con el bautismo ineficaz de Juan, pero no con el de Cristo, les dió este sacramento, puerta de los demás; y habiéndose informado si acaso habían recibido al Espíritu Santo, se sorprendió al oír la respuesta de aquellos neófitos: Ni siquiera sabemos que pueda comunicársenos; nadie nos ha dado noticias de este misterio: *neque si Spiritus Sanctus est audivimus.* (Act. XIX.) Lo que á Felipe el diácono no era dado, sí estaba en la potestad del Apóstol Pablo. Juntamente con el bautismo les confirió el sacramento de la confirmación; los hizo cristianos, é inmediatamente los constituyó soldados de Cristo. *Cum imposuisset illis manus Paulus venit Spiritus Sanctus super eos.*

La Iglesia, custodio auténtico de las doctrinas ense-